

El castrismo, puesto a prueba

CARLOS NADAL

LA VANGUARDIA, 15.03.09

Dos acontecimientos han marcado de manera inevitable el curso del castrismo en los últimos tres años. Uno, la enfermedad de Fidel, que le ha apartado práctica y hasta legalmente del poder desde el verano del 2007; otro, la llegada a la presidencia de Estados Unidos de Barack Obama el 20 de enero del año en curso.

En el primer caso, el paso a una situación de inhabilitación física del Comandante en jefe dejaba al régimen revolucionario cubano sin el gran referente, el del Líder Máximo, que había dado sentido, nombre, identidad, forma y fondo a la Cuba revolucionaria. De pronto se producía la anomalía de que la presencia invasora, irresistible, omnipresente de Fidel Castro quedaba reducida a la mermada situación de quien se encuentra impedido de dirigirse al pueblo como no sea como un enfermo que publica sus "Reflexiones" en el periódico Granma.

Este cambio sustancial se producía, sin embargo, con una curiosa particularidad: el castrismo no dejaba de serlo. En cierto modo el castrismo se afirmaba como tal precisamente cuando quien le había dado nombre y fama mundiales se veía obligado a dejar el centro de la escena política y mediática. Y esto ocurría por la persona de su hermano Raúl que desde los años iniciales de la revolución había estado siempre en un segundo plano, a la sombra del hermano carismático, del símbolo de una revolución que durante muchos años se consideró que abría una vía novedosa entre las variadas experiencias revolucionarias de que hubo sobrada historia en el siglo XX.

El apartamiento de Fidel planteaba muchas incógnitas. ¿Iba a suponer el principio del fin del régimen, o por el contrario llevaría a un periodo de reafirmación, de mayor recurso a los métodos de excepción, al rechazo de todo avance aperturista? Raúl Castro se expresó al comienzo con un lenguaje que admitía interpretaciones contradictorias.

Habló de "cambios de estructuras y métodos". Se entendió que, paralelamente a una cierta apertura interior, la habría también exterior. De cara a Estados Unidos, sobre todo. Pero al mismo tiempo Raúl tuvo palabras de firmeza. Así: "Nuestro pueblo no cejará un ápice ante intentos de presión o de chantaje". El consabido encastillamiento.

En el mismo 2007 Ramiro Valdés creía llegada la hora de "romper la inercia, el dogmatismo y el estorbo burocrático". Y un año después la jerarquía eclesiástica se pronunció a favor de un cambio gradual pero necesario. Ninguno de estos caminos se ha seguido. Ha habido por medio los acercamientos venezolano y ruso a La Habana con la aportación de contratos favorables a la parte cubana, y gestos de apoyo moral, claramente ideológicos por lo que se refiere al presidente venezolano, Hugo Chávez. ¿Ha influido esto en la tendencia de Raúl Castro y el sector duro del régimen, renuentes a emprender de verdad los cambios de estructuras y métodos que había anunciado Raúl?

En esta situación se ha producido el cambio presidencial en Estados Unidos. Y con él los indicios de una nueva manera de enfocar el largo y envenenado pleito cubano. El régimen cubano se encuentra por ello en la necesidad de elegir: o corresponder, y cómo, si Washington avanza en esta dirección. O cerrarse en banda y optar por la resistencia. ¿Es este

último el significado de la defenestración aparatosa de Felipe Pérez Roque y Carlos Lage, personajes con altas y acreditadas responsabilidades en el sistema? ¿Por qué Fidel les achaca haber desempeñado un papel indigno y ellos, a la vieja usanza soviética de autoinculpación, han asumido públicamente sus "errores y responsabilidad"? En todo caso, Raúl Castro se rodea de seguros incondicionales porque teme más a unos Estados Unidos que en vez de arreciar en la hostilidad comienzan a abrir la mano.

Mientras tanto, el Gobierno Obama mueve fichas. El pasado martes el Congreso decidía relajar algunas medidas ajustadas al bloqueo de la isla.

Por ejemplo, facilitar más los viajes allí de cubanos del exilio y los envíos de dinero, alimentos y medicinas. Lo cual abre la constatación de que hay dos Cubas. La de los cubano-norteamericanos y la de los cubanos de Cuba. Y que existe el peligro para el régimen castrista de que la primera se pueda aproximar cada vez más a la segunda, provocando un contagio creciente al final del cual se entrevé la posibilidad del fin del bloqueo norteamericano.

Y ahí se encrespan todos los miedos y contradicciones. En la Cuba del exilio y en la interior. En la de los cubanos afincados en Estados Unidos las diferencias entre quienes apuestan por la apertura y los que exigen que el régimen castrista corresponda previamente, poniendo fin a sus métodos contrarios a las libertades fundamentales y los derechos humanos, empezando por liberar a los presos políticos. En la isla, se hace patente una escala de matices desde quienes temen "la invasión" de la Cuba exterior; los que quisieran una prudente transición gradual o los partidarios de llevarla a cabo sin medias tintas. O, claro, aquellos que

promueven el cierre de filas contra el "enemigo" del norte. Con relación a Cuba, a la diplomacia norteamericana se le plantea un dilema de alcance más general entre actuar con pragmatismo o poner por delante el respeto a los principios. O cómo moverse acertadamente entre las dos posiciones.